

fía, frecuentemente desorientados ya por la tecnicidad del lenguaje empleado en esta disciplina, ya por la diversidad de tendencias existentes en ella.

Es de destacar la labor cumplida por el traductor, Alejandro Esteban Lator, que ha sabido trasvasar a nuestra lengua con verdadera maestría un original lleno de dificultades, ya que el idioma alemán, sobre todo el filosófico, está erizado de obstáculos para su correcta versión. Un aporte importante es el agregado por las referencias bibliográficas en castellano: en obras similares se conservan las del original, que con frecuencia son difícilmente asequibles. Por fin, la presentación del volumen, como acostumbra la editorial Herder, se destaca por su elegancia, nitidez tipográfica, excelente papel y atractiva cubierta. Es de augurar una amplia difusión de esta obra. Los que estamos empeñados en la labor filosófica, sobre todo docente, hemos de agradecer a los editores esta valiosa publicación.

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

HENRI ARVON, *Bakunin. Absoluto y revolución*, Herder, Barcelona, 1975, 114 pp.

Entre las figuras revolucionarias del siglo XIX, es probable que la de Bakunin se destaque como la de caracteres más típicos. Y cuando un autor, como lo hace H. Arvon, se propone indagar los orígenes del ateísmo de Bakunin, esta singularidad aparece con mucha mayor nitidez. En cuatro capítulos que mantienen sostenidamente el interés del lector, se presentan en forma sucesiva la religiosidad de Babunin (cap. I), el ateísmo de Bakunin (cap. II), Dios y el Estado (cap. III), y Dios y el hombre (cap. IV). Como en tantos otros casos, en samiento de un autor, nos enteramos con asombro de que la ruptura apasionada de Bakunin con la religión esconde en su raíz una religiosidad mística arrolladora. Su temperamento eslavo se vuelve con más encono contra una religión que considera inhumana, cuanto que procede de una profunda vivencia religiosa. Es notable encontrar en las páginas de este libro el desarrollo de una visión que, partiendo de la "renovación cristiana" de Lammenais, ataca esta misma concepción cuando la considera comprometida con el Estado esclavizante y las clases explotadoras. En un deshilvanado proceso, que pasa por el pensamiento de Feuerbach, Proudhon y Comte, así como por las experiencias de revolución del 48, la cárcel y la confinación en Siberia, el intento de revolución polaca, la reconstrucción italiana y la ruptura con Mazzini, la Comuna de París, y una vida trashumante a través de toda Europa, llega Bakunin a la formulación de su anarquismo ateo. La imposición del Estado es la negación de la libertad individual, cualquiera sea el sello o color de sus principios, nacionalismo, autoritarismo, o liberalismo. Y el hombre sólo es hombre por la libertad que lo impulsa desde su etapa animal a su estapa de ser consciente; y esta libertad sólo existe verdaderamente en medio de la libertad de los otros, que certifica, refuerza y asegura la libertad del individuo. Toda autoridad atenta contra la libertad. Y la autoridad divina, que pone a Dios como año y señor, implica necesaria e indisolublemente la esclavitud del hombre. Toda religión, toda iglesia, y la Iglesia católica como forma culmen y prototípica, no hacen más que someter al hombre a una servidumbre inhumana. Para ser libre, el hombre debe sacudir el yugo de toda autoridad, de todo estado, de toda religión, y unirse, en la solidaridad con los otros, para formar la sociedad que está por encima de toda institución y de todo derecho establecido. La religión misma ha sido, en su mo-

mento, el motor que impulsó al hombre a cobrar conciencia de su humanidad, pero, en una etapa posterior, debe descartarse por su índole conservadora y servilista. Como dice Bakunin, en un tono definitivamente religioso:

“Querer la libertad y dignidad de todos los hombres, ver y sentir mi libertad confirmada, sancionada, infinitamente extendida por el asentimiento de todo el mundo, he ahí la felicidad, el paraíso humano en la tierra”.

Y llega a aceptar que, si se quiere, esta infinitud de relaciones que constituyen el tramado de la existencia humana, puede llamarse Dios o el absoluto, siempre que se lo identifique con el inexorable proceso de la necesidad natural.

Libro claro, preciso, bien desarrollado, ofrece un esquema orgánico de un autor que ha sido todo, menos sistemático. La presentación, buena; la traducción, con algunas fallas.

OMAR ARGERAMI

ANTONIO MILLAN PUELLES, *Sobre el Hombre y la Sociedad*, Rialp, Madrid, 1976, 287 pp.

Con motivo de cumplir sus bodas de plata con la cátedra universitaria, un grupo de colaboradores y discípulos de Antonio Millán Puelles han tenido la feliz iniciativa de editar, en homenaje a su maestro, una Antología de trabajos publicados por éste *Sobre el Hombre y la Sociedad*. Hemos de confesar que los organizadores de esta obra han tenido acierto no sólo en la manera de homenajear a su maestro sino también, en la selección de las monografías agrupadas en el libro.

El hombre en su condición de creatura, la naturaleza humana y la libertad en sus diversos aspectos, el ser y el deber-ser del hombre, el sentido de la ética en Santo Tomás y en Kant, la Fenomenología y la Ontología del deber, la espiritualidad específica y la dignidad de la persona humana y otros trabajos, forman la Primera Parte de la obra.

En la Segunda Parte, los estudios de Millán Puelles versan sobre la Sociedad con su fin: el bien común, las relaciones de Individuos, Sociedad y Estado —el autor distingue entre Sociedad política y Estado, como su órgano directivo— y los derechos del hombre. Se incluyen en ella trabajos sobre la Doctrina Social Cristiana y sobre la función subsidiaria del Estado, tanto en su aspecto negativo como en el positivo. Finalmente esta Parte comprende un capítulo sobre la iniciativa pública y privada en el sector educativo; otro sobre la Libertad y Derechos de la mujer y otros sobre distintos tópicos: Técnica y Humanidad, Socialismo y Liberalismo, etc.

La unidad de la obra resulta de la convergencia de tópicos, aparentemente dispares, en el tema central de la Persona y la Sociedad. Pero además de esta unidad temática, hay otra unidad más profunda, que surge de la concepción del autor sobre los problemas planteados acerca del Hombre y la Sociedad.

Tal concepción del autor, bien que fundada esencialmente en el Intelectualismo realista de Santo Tomás, está desarrollada con amplitud, hondura y originalidad. El autor expone la doctrina con rigor y claridad. Así el tema del hombre, de la libertad y de la moral, en su aspecto fenomenológico y ontológico, si bien está formulado y fundamentado sobre la doctrina tradicional, adquiere